

Julia Irazu, una de aquellas maestras pioneras

Maite Ruiz de Azua

El presente escrito quiere reflejar las condiciones en que las mujeres de principios del siglo XX accedían a la educación, así como las escasas salidas profesionales y las dificultades que encontraron para poder ejercerlas. Para ello me he centrado en la persona de Julia Irazu García, que trabajó como maestra en las Escuelas de Viteri de Errenteria durante casi dos décadas, entre 1943 y 1962, año en el que se jubiló. La educación, la formación académica y el desempeño de las más variadas profesiones, todo eso que hoy en día nos parece tan accesible, tan normal y que tan por derecho nos corresponde, es algo que en gran parte se lo debemos a aquellas mujeres que años atrás dieron los pasos, a veces lentos pero firmes, para conseguir que así fuera. Mujeres que, hace alrededor de siglo y cuarto, gracias a un ambiente familiar propicio, a unas posibilidades económicas favorables e incluso gracias a las desfavorables, o tal vez sólo por causa del azar, pudieron realizar estudios e iniciar un camino que llega hasta nuestros días: las maestras. La protagonista de este trabajo podría haber sido cualquiera de las docentes que impartieron clase en nuestra villa, pero a mí el destino me ha llevado a hablar de Julia Irazu; que su reconocimiento sea el de todas esas maestras que fueron, son y serán.

Julia Irazu nació el 12 de abril del año 1892 en Elvillar, un pequeño pueblo de La Rioja alavesa, cuyos habitantes se dedicaban al cultivo de la vid, trigo, olivo y un poco de ganadería. Fue la cuarta de los cinco hijos que tuvo el matrimonio formado por Norberto y Quirina. En un entorno rural y pobre, el trabajo doméstico y en el campo eran en principio las perspectivas de futuro de esta niña; sin embargo, quiso la mala suerte (o buena, según

se mire) que un carro la atropellara cuando aún no contaba dos años. A consecuencia de este accidente perdió casi toda la mano izquierda, de la que no le quedó sino el pulgar y un muñón. Los padres, preocupados entonces por el futuro incierto de Julia, decidieron proporcionarle los medios para ganarse la vida, de ahí que la enviaran a Viana, en régimen de internado, al centro de las Hijas de la Caridad, donde las monjas además de un noviciado, en el que se encontraba su hermana Blasa, tres años mayor que ella, dirigían una escuela para hijas de campesinos y obreros humildes. Terminados los estudios iniciales, partió a Logroño, tan solo a 16 kilómetros de su pueblo natal. En esta ciudad vivió de pupila en casa de un maestro, a quien además del hospedaje, le abonaba las clases particulares que él impartía. Durante este período fue grande el sacrificio económico de sus padres. Aprobó el examen de acceso a la Escuela Normal de Magisterio, casi los únicos estudios que podía emprender una mujer de principios del XX, y de esta manera llegar a profesionalizarse y ganarse el sustento. Hay que señalar que las Escuelas Normales atraieron por este motivo a muchas hijas de las clases populares.

Al cabo de dos años concluyó los estudios y con dieciocho años se encontró con un título y un primer destino donde ejercer: la escuela rural de Aramaio. Asimismo, con este cargo se vio en la obligación de mantener la imagen que las rígidas normas morales de la época dictaban, según las cuales en una buena maestra se valoraba la conducta moral, el honor, la obediencia, el pudor, la discreción y el decoro, que exigía, entre otras cosas, que vistieran faldas largas (a cinco centímetros de los tobillos), y el pelo convenientemente



recogido. Muchas fueron sus protestas y sus negativas a verse con ese aspecto que le robaba la juventud y le hacía parecer una mujer madura; mucho tuvo que insistir su hermana Gerarda para que dejara de lado esa actitud rebelde y asumiera su nueva condición. A esto añadiremos que las maestras estaban muy vigiladas por las autoridades, ya que fueron el primer grupo con una identidad femenina diferente, eran mujeres autónomas que viajaban a otros pueblos; si bien, a menudo, para evitar la censura social muchas lo hacían acompañadas. Ésta fue la razón por la cual Quirina, para entonces ya viuda, acompañó a su hija a Aramaio y luego a su siguiente plaza en Mendijur; en este pueblo falleció la madre y conoció al que sería su marido, Francisco Ruiz de Azúa.

Una nueva adjudicación de destino, aún soltera, la llevó a Ocón de Villafranca, en Burgos, y de aquí a Oiartzun, en 1925, en donde permaneció

hasta 1943 a cargo de la escuela mixta del barrio de Ergoien.

Tal como ella, muchas fueron las maestras que llevaron su saber a las áreas rurales o a las zonas urbanas más humildes. Enseñaron a leer, escribir, doctrina cristiana, impartieron conocimientos de materias elementales, y a coser y bordar a las niñas, así como contenidos morales e ideológicos. Contribuyeron al descenso del analfabetismo (concretamente, la población femenina a principios del XX presentaba un índice de analfabetismo del 71%) y al aumento de la escolarización de niños y niñas; además, como profesionales, impulsaron a las mujeres al acceso a otros estudios y profesiones.

En el año 1943, por causas familiares, solicitó el traslado a Errenteria, se le concedió plaza en las Escuelas de Viteri, las únicas de carácter público que había en la villa. Es de imaginar que para ella el cambio sería notable. Acostumbrada como estaba a ámbitos rurales, escuelas mixtas, alumnos de edades diferentes, se encontró con un centro con una asistencia cercana a los 500 alumnos, divididos por sexo y edad, y un equipo de 7 maestras y 6 maestros. Desde un principio y hasta su jubilación, en 1962, se encargó de las alumnas de Primer Grado, dedicando las clases de la mañana a las diversas materias de la Enciclopedia, y la tarde a la enseñanza de labores.



Escuela del barrio de Ergoien (Oiartzun), año 1934.

Resulta curioso que todas las alumnas que pasaron por su aula indican que la recuerdan por su especial habilidad para ejecutar este tipo de actividad manual, y alaban sus magníficos trabajos de bordado, costura, punto... y lo remarco porque Julia, no sólo tuvo que luchar para salir adelante en una etapa en la que las mujeres apenas accedían a la educación y tenían escasa presencia profesional, sino también porque tuvo que superar la pérdida de su mano izquierda para poder desenvolverse. Sólo quiero añadir mi recuerdo y mi agradecimiento, pues ella, además de ser mi abuela, es una de las mujeres que hicieron posible que cien años después también yo me dedique a la docencia.



Julia Irazu en el día de su jubilación rodeada de sus compañeras: Filomena Goñi, M^a Luisa Arrillaga, Victoria Igarzabal y Maritxu Olascoaga